

sugestiones del enemigo. Atormentado en el cuerpo y en el alma se sienta á descansar en el tronco de un árbol mirando siempre atentamente á la hoguera. En esto vuelve su consejero y le pregunta qué significa tanto abatimiento. El pastor responde que ha querido probar á arrojarse en la hoguera; pero que se han frustrado sus intentos. Es probable, dice el espíritu maligno, que Dios no quiere que te purifiques por el fuego, sino mas bien que tu pecado se lave con el agua. ¿Ves ese lago? Pues ahí lavarás todas las manchas de tu alma. Como no hay nada difícil para aquel corazón atribulado, que desea purgar las ofensas cometidas contra Dios y librarse de su tristeza y abatimiento, corre hácia el lago pareciéndole que ha de llegar tarde; pero estando para tirarse, recuerda que no ha rezado sus acostumbradas devociones á la Virgen: se hinca de rodillas y reza devotamente una parte de rosario suplicándole á María santísima le ayude en su extrema necesidad. Acabada la oracion se desnuda de todos sus vestidos menos la camisa y se descalza á la orilla del lago: se tira al agua, y á fuerza de brazos se dirige al sitio donde la corriente es mas impetuosa, para que le arrastre cuanto antes: llegado allí abre la boca todo lo que puede para tragar mucha agua. Este es el crítico instante en que la madre de bondad debe de manifestar que no la ha servido en vano aquel pobre mancebo. Ya acude la amorosa señora: véola caminar sobre las aguas para impedir que se pierda el desdichado. Cógele de la camisa, le lleva á la orilla y despues de darle muchos y sabios consejos se despide de él. Asombrado el pastor de tan singular bondad y confiando obtener el perdón de su pecado hace propósito de borrarle con las lágrimas de la penitencia.

V. Por mas que se publiquen las misericordias de la madre de Dios, por mas que se hagan resonar en to-

das las regiones del mundo los prodigios de su bondad, y por mas que toda la tierra se ocupe en pregonar el singular cariño que profesa á los que la sirven y veneran, nunca se conseguirá decir lo que es en realidad. Antes se agotarían las aguas del Océano y se contarían las arenas del mar que reducir á guarismo los efectos de la bondad de nuestra señora. Ese es un abismo que se pierde en el abismo de los designios incomprensibles de Dios. A él sea la gloria, y por amor de él sea el honor á la que él mismo quiso hacer tan grande, y á nosotros la confianza para recurrir á ella en todas nuestras necesidades.

UNDECIMA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de bondad de la madre de Dios.

CAPITULO XII.

QUE LA MADRE DE DIOS ES EL REFUGIO DE LOS PECADORES.

Así como en las enfermedades graves se conocen los médicos excelentes, así en las miserias extremas se manifiestan las grandes misericordias. El pecado es el cúmulo de todas las miserias del hombre, y la reina del cielo es la reina de las misericordias. ¿En qué cosa pues se empleará con mas provecho para los hombres que en preservarlos para que no caigan en él, y en librarlos de él cuando han caído? Este es propiamente el lugar donde triunfa la misericordia y donde la madre de amor da

pruebas á los suyos de lo que es. Voy á confirmar esta verdad, y espero que no ha de desagradar á mis lectores el presente discurso.

§. I.—Que la madre de Dios es el verdadero refugio de los pecadores.

I. No digan ya los pecadores con el desdichado Caín que el Señor los ha echado de su presencia y los ha abandonado para que sean víctimas del primero que los encuentre, porque les ha dado una madre de misericordia que los recibe con los brazos abiertos y quiere salvarlos, si no están resueltos á perderse de propósito deliberado. Yo les digo de parte de Dios que con solo que tengan una voluntad firme de no consentir en su ruina, no se asusten ni de la calidad, ni del número de sus pecados: porque si el pecado es un crimen de lesa majestad divina, la madre de Dios es un asilo muy diferente del templo de Diana en Efeso, del sepulcro de Teseo en Atenas, del altar de Júpiter Soter en Itaca y aun de todos los templos, sepulcros y altares del mundo, por afamados que hayan sido. S. Efren en la canción que compuso en alabanza de la Virgen, le dice: «Dios te guarde, asilo y hospicio de los pecadores; Dios te guarde, propiciatorio de los afligidos.» Si el pecado es la fealdad y la confusión del alma, á quien quita la confianza de levantar la vista para parecer delante de su Criador, la madre de Dios es la medianera que pronuncia la palabra de reconciliación. El santo doctor lo dice en el mismo lugar: «Dios te guarde, esperanza buena del alma, firme salvación de los cristianos; Dios te guarde, auxilio de los pecadores y de los que necesitan asistencia delante del Señor.» Si es una brecha que los enemigos de nuestra dicha han hecho en el alma para enseñorearse de ella y tenerla bajo de su dominación, la madre de Dios es el muro que impedirá avancen ó la posean si ya han entra-

do dentro. S. Efren vuelve á decir: «Dios te guarde, valla de los fieles y del mundo (1).»

II. Si el pecado es el salto arriesgado y la caída mas peligrosa del mundo, la Virgen es la varita que el cielo nos alarga para levantarnos. S. Pedro Damiano lo dice con mucho donaire cuando explica este dicho del real profeta. «Tu vara y tu báculo me sirvieron de consuelo.» «Toda la esperanza y consuelo de los pecadores, dice, consiste en una vara, que es la Virgen, y en un báculo, que es la cruz del Salvador.» Si el pecado es la desolación del alma abrasada por el fuego de la justa ira de Dios, la Virgen santísima es el agua que el cielo nos envia para apagar ese fuego. Es pensamiento del mismo santo en su

(1) Adición de la madre *Maria Jacoba de Blemur*.—«Bien sé que el pecado forma una separación entre Dios y el alma, que obliga á aquel á esconderse y pegarse; que esta alma se convierte en guarida de dragones y se hace pasto de los buitres; que se encuentran allí los demonios y los onocentauros; que las fieras y los animales ponzoñosos buscan allí un albergue: quiero decir que todos los vicios denotados por esas bestias feroces se guarecen en la conciencia del pecador, que junta la audacia á la malicia como el dragon y finge la apariencia del bien sin poseerle. Quiero decir tambien que tiene alas como el buitre; mas para no usarlas nunca: que se gloria en la iniquidad como los onocentauros, los cuales son un compuesto del asno y del toro: que á manera de los sátiros de la fábula tiene la cabeza de hombre; pero que termina en bestia,

porque su vida comenzó por el espíritu y acabó por la carne: que se parece al erizo, porque estando todo cubierto de espinas delante de Dios tiene bastante maña para ocultarlas delante de los hombres; y que sus hijuelos que crecen en las quiebras de los peñascos, nos enseñan que nada multiplica tanto el pecado como el cuidado que hay de ocultarle. Sin embargo yo digo á este pecador con el profeta: Consuélate, pueblo mio, consuélate, dice nuestro Dios: tus iniquidades te son perdonadas: la mano del Señor no se ha abreviado: siempre puede salvarte y lo quiere efectivamente. Por eso te ha preparado un asilo, una ciudad de refugio, una medianera, que procurará tu reconciliación; es decir que te ha dado su santísima madre para que ejercite todas esas calidades en tu favor. Tu vara y tu báculo me tranquilizan y consuelan.»

primer sermón para el día de la natividad de nuestra señora. «¿Qué hombre ó qué ángel, dice, podrá comprender cómo aplacas la ira del supremo juez, cuando la justicia á manera de un fuego voraz sale de su rostro inflamado para reducirnos á cenizas?» Si el pecado es el naufragio del alma, la reina del cielo en frase del devoto Arnulfo de Chartres (1) es el puerto á donde debe dirigirse el alma bogando sobre la tabla de la penitencia y los restos del bajel destrozado, es decir, sobre la firme esperanza de conseguir el perdón por su medio. Si es una espina que penetra y desangra el corazón, con tal que subsista la flor de la enmienda, el arco iris que no es otro que la madre de misericordia según la interpretación de S. Antonino (2), se inclinará sobre ella y difundirá un olor que recree á los ángeles y á toda la corte celestial. Este pensamiento está fundado en una observación de Plinio acerca del arco iris, porque dice haber enseñado la experiencia que cuando este maravilloso arco se inclina sobre cualquier flor, la embalsama con el olor del espino blanco que los griegos llaman aspalato. Pero si pasa sobre el mismo espino, le deja un olor que no tiene igual. Así podemos decir nosotros que la madre de Dios, maravilla de la tierra y del cielo, perfuma todas las almas á quienes se digna de mirar; pero que la dulzura de los olores celestiales que derrama sobre los pecadores, tiene no sé qué cosa de admirable á los ángeles y á los hombres. Si el pecado es un pedazo de hierro que inclina el corazón del pecador hácia la tierra, la madre de Dios es el sagrado imán que le atrae hácia arriba y le repone en su lugar primero, según la misma señora lo manifestó un día á santa Brígida.

(1) Tract. de laudib. Dei. para. (2) S. Anton., p. 4, tit. 15, c. 44.

III. Si el pecado hace del hombre racional un bruto sin razón, no por eso le despreciará la Virgen, antes le hará un recibimiento muy agradable. Refiérome á lo que leemos de santa Gertrudis en el libro cuarto de sus Revelaciones. El Salvador le hizo ver un día muchos animales pequeños de diversas especies, que se cobijaban debajo del manto de su santísima madre como en un asilo seguro, donde ella los acariciaba amorosamente al modo que suelen acariciarse los perrillos de regalo. Por este emblema quiso el Señor descubrir á la santa el cordial cariño de su dulce madre á los pecadores, á quienes recibe con incomparable benignidad teniéndolos bajo su protección hasta que se reconcilien completamente con su divina majestad. Si el pecado difunde en el alma densísimas tinieblas, la Virgen las disipará y restituirá á aquella una agradable claridad. El papa Inocencio III lo declara admirablemente con las tres figuras del cantar de los Cantares, donde la esposa celestial es llamada el alba de la mañana, hermosa como la luna y escogida como el sol. «La luna, dice el santo pontifice (1), nos alumbra por la noche, el alba entre el día y la noche y el sol durante el día. La noche significa el estado de pecado, el alba el de penitencia y el día el de gracia. Así todo el que se halle en la noche del pecado, mire á la luna y recurra á María, para que esta envíe á su corazón un rayo de compunción santa: porque ¿quién la invocó jamás durante la noche que no fuese oído? El que hácia la mañana despierta del sueño del pecado por un verdadero arrepentimiento, fije los ojos en la hermosa aurora y llame á María en su auxilio para recibir la resolución de dar completa satisfacción. El que por su medio ha recibido la gracia de la justificación, con-

(1) Serm. 2 de Assumpt.

témplela sin cesar como al astro hermoso del día que ha de mantenerle en ese estado apetecible, propio de los hijos de luz.» Si el pecado es una llaga que mata al alma ó la dispone á perder la vida de la gracia, la madre de Dios lleva consigo la salud. Asi lo manifestó un día á santa Brigida diciéndole: «Por grande y abominable que sea el pecador, siempre estoy pronta á recibirle si recurre á mí de todo corazón y con verdadero propósito de la enmienda. Yo no considero tanto la enormidad de sus pecados como la buena voluntad que trae de apartarse de ellos, porque si le disgusta su estado, aunque esté muy sucio y cubierto de llagas, me hallo siempre dispuesta á recibirle en mis manos, limpiar y curar sus heridas y restituirle la salud, porque me llamo y soy en realidad la madre de misericordia.»

IV. En fin si el pecado es como el divorcio que separa al alma de Dios, corresponde á la madre de piedad hacer las paces y volverla á la gracia del esposo celestial. A este propósito dice S. Pedro Damiano: «La Virgen santísima bajo la figura de la Sunamitis fué convidada por el alma penitente hasta cuatro veces á volver á este mundo cuando fué llamada del cielo para ser coronada y reconocida por reina y señora en todos los estados de su hijo. Nuestro linaje no trata de envidiarle esa dicha, oh Virgen santa, le dice esa pobre desconsolada; ¿y por qué la habia de envidiar, cuando tu gloria es la suya y el valimiento que adquieres con Dios, es la mayor ventaja á que puede aspirar jamás? Pero no te olvides de los hijos queridos que dejas anegados en un piélago de miserias, y recreálos á menudo con tu agradable vista. Vuelve á ellos primeramente por naturaleza, porque no es razonable que por haber emparentado con la divinidad deseches de tu memoria á los que yacen en este valle de lágrimas expuestos á tantas miserias. En fin tú eres nuestra por naturaleza, y la

razon pide que seamos regados mas abundantemente que los otros con el celestial rocío de tu bondad. Vuelve en segundo lugar por potencia, porque el que es omnipotente, obró en tí grandes cosas. ¿Qué se te puede negar á tí, que tuviste poder para sacar á un Teófilo del abismo de la perdicion, en que se habia precipitado él mismo? Tú libraste de las garras de Satanás á un desventurado, que por su propia mano y con su sangre habia negado lo que se obró en tí, y le restituiste la plena esperanza de su salvacion: ¿qué cosa pues no alcanzarás cuando quieras interceder por nosotros? ¿Y cómo podrá darte repulsa aquel que tomó de ti nuestra naturaleza? Vuelve en tercer lugar por amor, porque en tí y por tí nos quiere tu dignísimo hijo con sumo amor. Finalmente vuelve por excelencia, pues fuiste ensalzada tan eminentemente sobre todas las obras de Dios. En tus manos estan los tesoros de sus grandes misericordias; pues ¿por qué has de despedir sin auxilio á los pecadores, cuando no buscas mas que la ocasion de asistirlos y derramar sobre ellos los bienes que recibiste para este objeto, especialmente si se considera que tu gloria no recibe menoscabo alguno cuando los pecadores consiguen el perdon y por medio de la gracia justificante entran en posesion de la gloria que los espera? Al contrario toma nuevo incremento á medida que es honrado Dios y se puebla de sus escogidos la santa Sion.» Asi el insigne siervo de la Virgen va convidando á la madre de misericordia por todos los titulos de congruencia y deber é instándola por todo lo que puede serle mas caro en la tierra y en el cielo á que se muestre propicia á los pecadores y los ayude á volver á Dios, aunque para decir verdad no necesita ser solicitada, porque quiere su bien y su salvacion incomparablemente mas que ellos mismos. Con todo no deja de deleitarse en las instancias y súplicas que le hacen, atento á que son otros tantos testi-

monios de la resolucion que han tomado de romper enteramente con el pecado. Asi ya que nuestra amante madre tiene muchisima complacencia en vernos á menudo á su puerta, acudamos á todas horas y en todas ocasiones á presentarle nuestros memoriales, porque tal es su voluntad y la voluntad de Dios que la dió por medianera y refugio á los pobres pecadores.

§. II.—Que la madre de Dios es la verdadera ciudad de refugio para los pobres pecadores.

I. El Espiritu Santo, extraordinariamente fecundo para representar una misma cosa de diferentes modos y bajo diversas figuras, trazó una en el capítulo XXXV de los Números, en el IV del Deuteronomio y en el XX de Josué, que me parece expresar mas naturalmente que ninguna otra lo dicho hasta aqui acerca de la seguridad que encuentran los pecadores en la madre de Dios. Hablo de la figura de las ciudades de asilo, tocante á las cuales habia ordenado el Señor que luego que entrase el pueblo en la tierra prometida, los levitas particularmente dedicados al servicio de su majestad tuviesen su comarca aparte en la distribucion de las ciudades conquistadas; pero de modo que de las que les tocasen en suerte, hubiese seis destinadas para refugio de los que hubieran cometido algun homicidio involuntario, es á saber, tres al otro lado del Jordan y tres en la tierra de Canaan. Fuera de las diversas interpretaciones alegóricas y morales que los santos doctores y especialmente S. Ambrosio dan de esas ciudades de asilo, S. Juan Damasceno reconoce un misterio oculto y un designio particular de Dios sobre ellas, á saber, para que sirviesen de diseño y figura de la madre de misericordia, á quien con este motivo llama y con él la iglesia universal la verdadera ciudad de asilo. Mas como es pue-

to en razon que las sombras cedan á la luz, y la verdad prevalezca sobre las figuras, fácilmente se ve que la madre de Dios lleva indecible ventaja á aquella antigua figura.

II. En primer lugar no se puede decir que aquellas ciudades se edificasen expresamente para la seguridad de los homicidas; pero si sabemos que cuando Dios formó el primer proyecto de criar á la Virgen santísima, la destinó desde luego para asilo y refugio de los pecadores. Lo que queda dicho tanto en el capítulo I del tratado segundo como en los títulos de medianera y abogada, ilustrará mucho esta verdad; pero á mas tenemos el testimonio formal de S. Anselmo en diversos lugares. «Sé muy bien, dice este santo doctor (1), que la Virgen fué hecha madre de Dios mas por los pecadores que por los justos, porque su benditísimo hijo nos aseguró que no habia venido á llamar á los justos, sino á los pecadores para convidarlos á la penitencia; y el apóstol san Pablo sostiene que su maestro bajó del cielo á la tierra por la salud de los pecadores.» Y en el capítulo último habla asi á la madre de Dios: «Acuérdate, Virgen santísima, de que tu hijo nació de tí no con intento de perder á los pecadores, sino de salvarlos. ¿Con qué motivo pues les negarás tu asistencia, cuando en consideracion á ellos fuiste ensalzada sobre todas las criaturas? ¿Habrà alguno que pueda imaginarse que porque tu contento y tu gloria no puede recibir ya ninguna alteracion, te curas muy poco de lo que nos toca? Tal vez este pensamiento podria hacer mella en alguno si hubieras sido hecha madre de Dios por tí solamente; pero esta seria una persuasion infundada, atento á que fuiste ensalzada á esa dignidad para el bien y provecho de to-

(1) De excellentia Virg., c. 1.

dos tus hijos.» Así lo canta la iglesia en una antigua prosa diciendo: «No tienes horror á los pecadores, porque sin ellos no hubieras sido nunca digna de un hijo tan grande; dignidad tan augusta, que espanta á la misma naturaleza y hace decir á la criatura que la divinidad no hizo nunca una obra mas perfecta. Cuando en tu bienaventuranza contemples nuestra miseria; acuérdate de que nuestras culpas te hicieron madre.»

III. En segundo lugar las ciudades de asilo eran solo para seguridad de los homicidas; pero no sucede así con la madre de Dios, porque del Levante y del Poniente, del Norte y del Mediodía, de todas las partes del mundo, por la mañana y por la tarde, á todas horas del dia y de la noche concurren á esta ciudad de asilo los homicidas y los ladrones, los lascivos y los blasfemos, los sacrilegos y todo género de pecadores. Nunca hubo una corte tan concurrida, ni donde tan pronto se despachasen los negocios. Venga solamente el pecador con un corazón contrito y arrepentido de haber ofendido á Dios; pídale humildemente perdón por intercesión de la Virgen; y no tema la muchedumbre, ni la enormidad de sus culpas, porque no hay un pecado tan grande, cuyo perdón no alcance ella, ni corazón tan frío, que no se derrita á las llamas de su caridad. De esto dió pruebas un dia á santa Brígida, que le pedia encarecidamente la conversión de una insigne pecadora, á quien el enemigo atormentaba reciamente en el alma y en el cuerpo. María santísima le manifestó que el demonio la tenia aprisionada con tres cadenas, que eran la gula, la codicia y la lujuria. Además le mostró cómo se habia apoderado con cinco manos de todas sus potencias interiores y exteriores, de suerte que no podia moverse á ninguna obra conducente á su salvación. Con la primera mano el demonio se habia hecho dueño de los ojos, que inclinaba en todas ocasiones á objetos pecaminosos

apartándolos de cuanto podia incitarla á lo bueno. Con la segunda le entorpecía las manos siempre que se trataba de alguna obra buena, y le ponía alas cuando habia que obrar mal. Con la tercera le daba pies de plomo para emprender los ejercicios de virtud y pies de ciervo para correr tras el vicio. Con la cuarta gobernaba su entendimiento, quitándole todo temor de pecar y extinguendo todo sentimiento de honestidad. Con la quinta le oprimia el corazón siempre que la castidad la excitaba á apartarse de la torpeza, y se le abría cuando el deleite sensual halagaba sus sentidos. Esto no obstante la Virgen manifestó patentemente que no hay fuerza ni ardid que pueda resistir á los suaves impulsos de su misericordia, y que cuando ha resuelto ser la señora, por necesidad tiene el infierno que dejarle el puesto. Con efecto tanto influyó con su amado hijo, que aquella pobre alma, á quien el demonio habia atormentado largo tiempo, recobró al cabo la libertad y viendo caidas sus cadenas comenzó á respirar el aura suave de los hijos de Dios.

IV. En tercer lugar no se crea que despues que el homicida se habia refugiado en la ciudad de asilo, no habia nada que hacer. El pariente del muerto tenia derecho para perseguirle hasta allí, y el refugiado estaba obligado á comparecer ante los jueces para justificarse en presencia de todo el pueblo y hacer ver que habia derramado sangre humana solo por yerro ó en defensa propia: de lo contrario era condenado á muerte inmediatamente. Aun despues de justificarse plenamente quedaba arrestado en la ciudad de asilo so pena de ser muerto impunemente si le encontraban fuera de ella antes de la muerte del sumo sacerdote, porque entonces se abrian las cárceles, se soltaban los presos y los esclavos recobraban la libertad. Dios mio, ¿qué seria de nosotros, si hubiera de hacerse el exámen de nuestra vida y

la manifestacion de nuestra inocencia siempre que recurrimos á la ciudad santa de refugio? ¿Quién tendria valor de acercarse á ella ó quién esperaria volver con su gracia? Asi es que al pecador le va bien con que las leyes de esta ciudad sean muy diferentes de las otras, porque lejos de estar obligado á justificarse, á medida que mas libremente se confiesa culpado delante del Señor, mas disposicion tiene para recibir el perdon y volver á la gracia de Dios, con tal que se duela de haber pecado.

V. En cuarto lugar aquellas ciudades eran tan poco famosas, que apenas sabemos su nombre; pero de la que Dios edificó en favor de los pecadores, podemos decir con el real profeta (1) que se han dicho de ella cosas gloriosas y que su fama ha cundido por toda la redondez de la tierra. S. Bernardo publicó grandes cosas de ella (2), especialmente cuando dijo que de todas las calidades de la madre de Dios ninguna nos es mas provechosa ó deleitable que la suma bondad que usa con los pecadores. Yo digo mas: que seria muy difícil declarar el lustre que el titulo de refugio de los pecadores da á todas las demas calidades de la Virgen, porque si la llamamos madre de la divina gracia, es principalmente porque coopera á hacerla renacer en el alma de los pecadores que la han perdido. Si la llamamos madre amable y admirable, es especialmente por su tierno amor á los pecadores que recurren á ella, y por las extraordinarias conversiones que obra en los mismos. Si es en realidad la Virgen clemente y fiel, es en consideracion de la benigna acogida que hace al pecador arrepentido, á quien abraza cariñosísimamente. ¿Podria ser ella en verdad el origen y la causa de nuestra alegría, si no nos recibiera con los brazos abiertos mas que cuando

(1) Salmo LXXXVI. (2) Serm. 4 de Assumpt.

nos disponemos para volver á Dios, y aun si no nos previniera para sugerirnos ese pensamiento? ¿Creemos que sea solamente un vaso de honor por su eminente santidad y no por la buena mano que tiene para convertir los vasos de oprobio y contumelia en vasos de honor segun el lenguaje de S. Pablo? Si ella es la torre de David, es porque sirve de asilo seguro al pecador. Si es el arca de la alianza, es porque reconcilia á este con Dios. Si es la puerta del paraíso, es porque le abre al pecador, que fué expulso de él por su culpable debilidad. En una palabra Dios solo puede estimar lo que le vale el oficio de refugio de los pecadores, y la renta de gloria que saca de ese titulo de honor. De las cuatro partes del mundo acuden á ella para pedir la curacion del pecado como la enfermedad mas ordinaria y peligrosa, y los que han experimentado su auxilio, ponen esta calidad suya entre sus primeras grandezas de bondad. Pero lo que pasa en la tierra, no vale nada en comparacion de lo que pasa en el cielo, el cual resuena de continuo con las bendiciones de los santos, especialmente de aquellos á quienes Maria sacó en otro tiempo del barranco de enormes pecados. Allí se cantan en concierto armonioso las conversiones portentosas de los Teófilos, de las Marias Egipcias y otros infinitos, que reciben una satisfaccion inexplicable de la honra de la reina del cielo. Allí se publican todas sus conquistas, y todos los suyos se tienen por honrados de seguir el carro triunfal de su señora. Allí todas las almas que ella ganó para Dios, son otras tantas joyas y atavios de gloria con que se engalanará eternamente, segun dice Isaías. Allí todos los bienaventurados á porfia se confiesan obligados á ella, los unos por deber á su mediacion el perdon de los pecados, los otros por haber sido preservados de caer en ellos. ¡Oh quién me diera ser del número de esos cantores divinos, destinados por oficio especial á entonar en

el cielo las grandezas y maravillas de la madre de bondad! Solo puedo esperarlo de tí, Virgen santísima, cuyo favor imploro para ser juntamente el objeto y el progonero de tus eternas misericordias.

§. III.—Advertencias al pecador.

I. Presumiria desmedidamente de sí mismo el que creyese que no le conviene este título, bien que á decir verdad solo dirijo mi discurso á aquel á quien remuerde la conciencia de que no está en gracia de Dios, y no obstante desprecia el auxilio que este le ofrece. Me cuesta trabajo juzgar si semejante hombre es mas digno de ira que de compasion porque está en secreta inteligencia con sus enemigos y quiere perderse de propósito deliberado por no recurrir al asilo que le ha preparado el Señor. Digo de propósito deliberado, porque ¿qué podrá responder cuando sea citado delante del supremo juez y se halle confeso y convicto de muchos pecados? ¿Qué tendrá que replicar cuando se vea estrechado para decir por qué no se refugió con tiempo en la ciudad de asilo, ni acudió á la madre de Dios, amparo de los pecadores? ¿Alegará por ventura que no lo supo? El cielo y la tierra le desmentirán, y no habrá un rincon en el mundo á donde sus fieles siervos no hayan llevado la nueva de la paz y publicado que Dios, que solo quiere salvarnos, fijó en el cielo de su iglesia una estrella para alumbrar al pecador y guiarle al puerto seguro, cuando se ve asaltado de la borrasca de las tentaciones. El japonés que recibe los primeros rayos del sol naciente, el peruano que le ve cuando se pone, lo saben: el brasileño abrasado con los calores del mediodia lo confiesa; el escita y el tártaro que viven entre las nieves y hielos, lo declaran: en fin donde quiera que hay conocimiento de un solo Dios, se pre-

dican las grandes misericordias de la madre de bondad.

II. ¿Alegará las dificultades que hay para llegar á ella? Su conciencia no le permitirá hacerlo jamás en perjuicio de la verdad y de la madre de Dios, porque tan lejos de ser difícil el acercarse á esta señora sale ella á recibir á los que la buscan, y aun antes que piensen en buscarla, los previene con sus dulces atractivos. Aunque tuviese el atrevimiento de decir semejante cosa, saldrian al punto á negarlo innumerable muchedumbre de espíritus bienaventurados, á quienes la Virgen envió mil veces para convidarle á que volviese á Dios. ¿Dirá que se presentó á ella y que ella le dió repulsa? Todo el cielo se levantaria contra él, y los millones de pecadores recibidos benignamente por la misma señora no tolerarian semejante impiedad. Los mismos que tantas veces han maldecido esa inaudita bondad, se echarian sobre él. Pues ¿cómo se defenderá ese desdichado? ¿Cómo se excusará? ¿Qué dirá sino que se perdió por su plena voluntad y que no quiso valerse de un medio tan fácil y eficaz, como es el recurrir á la madre comun de los pecadores? ¿No es esto ser mas duro que el mármol y mas insensible que los peñascos? Porque si fuera preciso pasar por entre una rueda de navajas, ser despedazado ó sufrir los mas atroces tormentos por millones de años, deberia de hacerse para no arriesgar la salvacion y para librarse de la condenacion eterna. ¿Y no habrá de morir de pesar y confusion ese desventurado, cuando se vea desterrado perpetuamente de la mansion del cielo y de la presencia de Dios solo por no haber querido levantar su corazon una vez hácia él y recurrir á la madre de bondad? ¡Ojalá que lo que voy á referir en prueba de esta verdad, sirva para hacerle abrir los ojos!

III. Hace diez y nueve años que vivia en Tournon, ciudad del Vivarés, un hereje natural de Mompeller, firmemente resuelto á morir en su error. Cayó enfermo de

peligro, y cuanto mas se acercaba su fin, mas se empedernia su corazon. Varios médicos espirituales habian trabajado para convertirle, aunque en vano. Pero como todas las horas no son iguales, llega uno que entre otras cosas le dice si se había encomendado alguna vez á la Virgen (nótese que era un sábado). El hereje responde que no, é instado para que lo haga una vez en su vida se niega á ello. Al cabo despues de muchas instancias consiente, y no bien ha acabado su oracion, cuando vuelve en sí y abre los ojos para ver su peligroso estado. Pide confesion, detesta sus errores y empedernimiento, se acusa de los pecados de toda la vida, y recibe con extraordinaria devocion los otros sacramentos de la iglesia sin cesar de invocar á su libertadora, refugio de los pecadores. A las dos horas espira, segun es de presumir, en brazos de esta bondadosa señora. El sacerdote á quien ocurrió este lance, vive aun y es persona de verdad y virtud. Y el pecador endurecido ¿se hará todavía el rehacio viendo tan desmedida bondad? Piense qué es lo que podrá alegar para su justificacion, cuando Dios le diga que tenia abierto este asilo comun de los pecadores y no quiso acudir á él. Forzosamente habrá de enmudecer y sufrir la severidad de un Dios justiciero. Piense mientras es tiempo, y si es cuerdo, aproveche la benéfica influencia de esta estrella para cantar eternamente los portentos de su misericordia con los otros, que gracias á ella se libraron del precipicio.

DUODÉCIMA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de bondad de la madre de Dios.

CAPITULO XIII.

QUE LA MADRE DE DIOS ES LA SALVAGUARDIA DE LOS SUYOS A LA HORA DE LA MUERTE.

Todo lo pierde el que pierde el instante decisivo de la muerte, del que pende la bienaventuranza ó la desgracia eterna; pero Dios en su infinita misericordia ha dispuesto que su amorosa madre no desampare á los suyos en tan duro trance, como veremos en el discurso siguiente.

§. III.—Del auxilio que la madre de Dios da á los suyos á la hora de la muerte.

I. Nunca viene mas á tiempo la lluvia que cuando el sol con sus rayos abrasadores ha secado la tierra en términos de abrirse grietas. De esta figura se vale el Sabio para darnos á entender cuánto vale la misericordia en el tiempo de la tribulacion. Nunca lo experimentamos mejor que á la hora de la muerte, en que se reunen muchas tribulaciones capaces de espantar al ánimo mas esforzado; porque asi como los torrentes que bajan de las montañas, hinchán desmedidamente con sus aguas cenagosas los rios á donde van á parar, de la misma manera nos acontece en la angustia de la muerte. S. Gregorio describe admirablemente este estado, cuando di-